

Del mito fundacional a la historia fabulada: representaciones en la literatura venezolana.

Intuición de un río

Los primeros referentes de la espacialidad, de la geografía y la naturaleza de lo que hoy en día es Venezuela, se remontan al relato contenido en la *Carta de Relación del Tercer Viaje* de Cristóbal Colón, 1498, escrita a los Reyes Católicos. En ella se da cuenta del impacto que el “ánimo” del almirante sintió frente al paisaje. En ella describía por vez primera, en la lengua que sería dominante, el golfo y la península de Paria; y lo que creyó que era un mar de aguas dulces, ignorando que se encontraba ante el Orinoco, uno de los más grandes ríos de lo que luego se llamó América. Con un relato occidentalizado, escrito en una lengua que no era la originaria del cronista comenzó una fábula, una mitología, una leyenda y también una historia.

Este relato significó también en términos de constitución discursiva, la creación del Nuevo Mundo. En la mentalidad de Colón se hace evidente que su situación presente se contrasta con lo aprendido. Un río de gran magnitud que impacta fuertemente en su encuentro con el mar no existía en Asia según lo aprendido de la descripción geográfica de Ptolomeo. Entonces, en su mentalidad de

hombre de la Edad Media lo que se le ocurre pensar es que aquél debe ser uno de los cuatro ríos que salen del Paraíso Terrenal, a donde no podía llegar nadie salvo por voluntad divina, pero tenía entendido que el Paraíso estaba en Asia y esto no concuerda con la noción del inmenso territorio que se encontraba al Sur, según le informaron algunos pobladores a sus marineros. Menos aún se corresponde con la idea de que a esa altura haya río semejante en el continente asiático, según lo que ellos sabían. Por eso, intuitivamente, escribe que seguramente está en presencia de una nueva tierra, de otro mundo¹.

Pero mucho antes de que los españoles bogaran por las “tierras descubiertas”, existían en en las amplísimas zonas del territorio un esplendoroso desarrollo cultural. Por ejemplo, la cultura mexica y mesoamericana hacia el Norte, y hacia el Sur se hallaba el imperio incaico y su avanzado sistema de aprovechamiento de la tierra; había monumentos arquitectónicos y un importante desarrollo social. También en otras porciones del territorio ignoto había otras culturas que se quedaron circunscritas a desarrollos más discretos, conformadas por pobladores nómadas y audaces navegantes.

En esas formas de “periferias” se desarrolló la llamada cultura de la orinoquia. En las siguientes notas pretendo establecer las relaciones de dos textos fundacionales, uno mítico que fija las raíces de una cultura arraigada en la preexistencia de la referencialidad discursiva occidentalizada. El otro, circunscrito al mismo espacio y a idénticos referentes culturales, funda un imaginario que inserta el sentido de lo histórico cuyo eje también está moldeado por la necesidad de verosimilitud. Ambos son relatos fundacionales que se articulan, con sus diferencias, en el sentido verificable de una mito-historia primigenia de lo americano.

Un mito fundacional

El mito de Amalivaca (o Amalivacá) atraviesa la impronta del encuentro de 1492. Éste ha tenido diversas manifestaciones en la

oralidad, en la literatura, y en el arte plástico. Sin duda que se trata de un antiguo vestigio del mundo indígena de la antigüedad prehispánica. El mito recrea la figura de un viajero, navegante de ríos y mares, “era un fundador de pueblos. Un ser superior, lleno de sabiduría, con la misión de enseñar, de proporcionar conocimientos para domeñar a la naturaleza para proteger a los hombres [...] De allí su relieve en la vida cultural de estos hombres, y explicable que el relato haya quedado grabado en algunas piedras, en las figuras de los petroglifos, aún todavía sin descifrar, y en toda la oralidad, es decir, en la memoria colectiva de la mayoría de los indígenas de Guayana”². Por supuesto, se trata de redimensionar un relato de profunda raíz americana, cuyo valor se universalizó en la escritura de diversos viajeros europeos, que ha sido retomado y puesto en diálogo cultural con otros relatos para realzar su valor universal.

La historia fabulada

Así como la fábula está enraizada con el mito fundacional de América, en toda su geografía, la escritura fue cimentando un relato que por su poder de convicción estableció una verdad histórica y jurídica que trataba de desplazar a la verdad ficcional, esto es, al relato oral cuya transmisión y permanencia se sustenta en su condición verosímil. Desde el siglo XVIII, el relato sobre las andanzas de Amalivaca, un ser dotado de poderes sobrenaturales, impactó la escritura de algunos viajeros y cronistas, como Filippo Salvatore Gilij (1721-1789) quien residió entre los aborígenes el alto Orinoco por más de dos décadas y dejó una extensa obra titulada *Saggio di Storia Americana* (1780). Gilij, al referirse al mito de aquel héroe fundador impone el dogma del origen del hombre contra el relato antropogónico de los tamanacos. Al respecto escribió: “De Amalivaca los Tamanacos hablan como de un hombre que estuvo con ellos en Maita, dicen que andaba vestido, que era blanco, y cosas semejantes no convenientes a quien los creó, sino a quien los llevó el primero a

aquellos lugares. Por lo contrario, la formación del mundo, la de ellos mismos, y del Orinoco, etc., son proezas de divinidad”³.

Igualmente, el sabio alemán Alejandro de Humboldt, también dedicó sendas páginas a resaltar la presencia del héroe y lo dejó registrado en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* (1799), donde señaló: “Los pueblos de raza tamanaca [...] tienen una mitología local relacionada con unas piedras pintadas donde Amalivaca, el padre de los tamanacos, es decir, el creador del género humano [...] llegó en un barco al momento de la gran inundación que llaman *la edad del agua*, cuando las oleadas del océano se estrellaban, en el interior de las tierras, contra las montañas de La Encaramada. Todos los hombres –continúa Humboldt– o por decir mejor, todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer quienes se salvaron sobre las montañas cerca de las orillas de Asiveru... Amalivaca viajando en un barco, grabó las figuras de la luna y del sol sobre la Roca Pintada (Tepeumereme) de La Encaramada”⁴.

En el siglo XIX se incorpora el mito en un libro pionero sobre las leyendas de Venezuela. Se titula “La leyenda del moriche” y fue recogido por Arístides Rojas en su libro *Leyendas históricas de Venezuela* (1890)⁵. Y ya en el siglo XX se estabilizó el mito vinculado en primera instancia al papel de un héroe salvador. Cuando se produjo el diluvio universal y estaban los tamanacos a punto de morir: “vieron de pronto una extraña canoa que avanzaba por encima del oleaje, manejada por un hombre alto y fuerte, de agudos ojos brillantes como la luz. Era Amalivaca, padre de las gentes que nacerían después, el cual traía con él en la canoa a su hermano Vochy y a sus dos hijas”⁶. Este hecho se relaciona con el fin de un período y el inicio de otro, y determina el hilo mismo de la relación mítica y el comienzo de un ciclo civilizatorio. Amalivaca expande el fruto de la palma moriche del cual habría de nacer una humanidad nueva⁷.

También Alejo Carpentier, quien vivió en Venezuela entre 1945

y 1959, da cuenta del mito en diversos registros. En su novela *Los pasos perdidos* (1953) resignifica la presencia de Amalivaca, cuyos poderes mágicos estaban vinculados a la grandeza de la misma geografía, impregnada del poder mágico del inmenso río. Luego, de manera específica trae el recurso para explicar una versión americana del diluvio universal, donde interactúan bajo el mismo rol actancial de ser “salvadores de la humanidad”, figuras como Noe, El hombre de Sin, Deucalión, Out-Napishtim y Amalivaca. Este encuentro y diálogo de las culturas, representadas en el intercambio de alimentos y utensilios, y la transmisión de detalles sobre sus formas de vida en una larga noche, son los recursos dialógicos que estructuran su relato “Los advertidos”, incluido en su libro *Guerra del tiempo* (1967)⁸.

En una conferencia pronunciada en la Universidad Central de Venezuela, Carpentier volvió a recontar la historia de su encuentro con la amazonía venezolana y el impacto que causó en él al sobrevolar a baja altura el río Orinoco, ver unas enormes formaciones rocosas, llamadas “tepui”, que han sido consideradas como las formaciones más antiguas de la Tierra: “desde Ciudad Bolívar a Puerto Ayacucho, siguiendo el centro del cauce del río. Así, al pasar por la Sierra de La Encaramada, por ejemplo, pasamos al nivel de las tres grandes piedras, las tres grandes rocas paradas que se llaman los “tambores de Amalivaca”⁹.

Las implicaciones extraliterarias del relato de Carpentier han suscitado diversas interpretaciones en las cuales subyace la presencia de ese elemento ancestral americano pero desde una perspectiva universalizadora, tal y como por ejemplo, lo propone el ensayista Víctor Bravo: “En ‘Los Advertidos’, a través del mito del diluvio universal se indaga sobre un hecho que es hoy tema central de la antropología contemporánea: la confluencia de mitologías. Más allá de la diferencia de procedimientos y fines, las escuelas de Lévy-Strauss y de Mircea Eliade, y desde el campo de la psicología, la escuela de Jung, han demostrado la presencia de constantes universales en los

mitos. En ‘Los advertidos’, esa confluencia se vive desde el interior mismo de la visión mítica, provocando –no desde la perspectiva del descreimiento sino en el interior de la fe misma– el desencanto de lo divino”¹⁰. Y más aún, en lo que respecta al encuentro mismo, se trata de considerar la repercusión de aquello que Mijaíl Bajtín denominó el “encuentro dialógico” en la cual “Las dos culturas no se funden ni se mezclan, cada una conserva su unidad y su totalidad ‘abierta’, pero ambas se enriquecen mutuamente”¹¹.

En lo que respecta al arte plástico, el pintor, dramaturgo y poeta venezolano César Rengifo, introdujo una alegoría del mito en el gran mural que realizó en el Centro Simón Bolívar de Caracas en 1955¹². Para el artista era necesario plasmar el flujo temporal entre el pasado y el presente, recuperando un símbolo de nuestra antigüedad como cultura, y por ello escribió que quiso dejar “un testimonio donde quedara plasmado lo que éramos, un país que poseía una cultura muy enraizada en su desarrollo histórico con raíces profundas de gran valor y que demostraba toda la riqueza espiritual que yacía en nuestros pueblos autóctonos antes de la llegada de los españoles”¹³.

El secreto de la tierra

En 1931 Enrique Bernardo Núñez publicó *Cubagua*, una novela que durante un buen tiempo estuvo olvidada por la historiografía, conocida por unos pocos lectores y que en los últimos años se ha redimensionado como una novela que problematiza la construcción discursiva de la historia. Su eje narrativo se centra en el “secreto de la tierra”. El hilo conductor de su historicidad se adentra en sus orígenes míticos llevados de la mano de una mujer enigmática, Nila Cálice.

En esta novela se recrea el mito fundacional de la orinoquia. Amalivaca y su hermano Vocchy, también navegante, constituyen el pretexto que rompe la linealidad en el tiempo para situarnos en una transposición entre lo histórico verificable y lo mítico, sólo creíble

por el poder de la fantasía que atribuye al mito una fuerte carga de lirismo y poesía. En este punto hay una traslación de la espacialidad originaria del mito y se ubica en una pequeña isla del oriente venezolano, muy cerca de Margarita, por lo cual, en ese contexto abarca también el ámbito caribeño. El motivo mito-histórico de Amalivaca funciona como un hipotexto, que es transpuesto sin que aparentemente opere una transformación real que trasciende sus fines más bien históricos que antropológicos o ideológicos.

Volviendo al punto de partida, consideramos como relatos definitorios los dos textos fundacionales: el mito de Amalivaca y la carta del tercer viaje de Cristóbal Colón: “Ambos constituirían dos relatos de orígenes, representativos de dos complejos imaginarios que parecen insoslayables en nuestra contemporaneidad pues, confrontados desde las perspectivas de hoy, ambos convergen luminosamente desde momentos distintos y, de modos diferentes, en los inicios de nuestra cultura, compartiendo parcialmente el mismo escenario, a pesar de haber sido elaborados en lenguas bien diferenciadas, por sujetos diferentes y en condiciones distintas”¹⁴.

La carta de Colón funda un relato que nombra por primera vez un universo complejo de lo que luego se llamará Venezuela; “es el primer documento colonial que da cuenta de la existencia de unas culturas indígenas y de una geografía que con el tiempo constituiría la parte más oriental del país”¹⁵. Pero también instituye una realidad otra que puede ser prevista como un principio de dialécticas sólo comprensibles como alteridad. Colón “se erigió –a través de la escritura del texto– en figura protagónica de las mismas con el agregado de representarse bajo la condición de elegido de Dios, como sujeto divino, y de enviado de los Reyes, como sujeto político”¹⁶.

Por otra parte, el mito de Amalivaca puede considerarse como un motivo de aparición recurrente dentro de la constitución imaginaria de algunos textos literarios. Se ha ido valorando y rehaciendo a través del tiempo con múltiples variantes y con funciones distintas. Sin duda

alguna éste es uno de los mitos más fabulosos e interesantes de cuantos se heredaron de la tradición cultural indígena cuya riqueza provee elementos que sustentan una valoración persistente y genuina de lo ancestral americano.

Mérida, febrero de 2006.

Notas

- ¹ Cfr. Arturo Uslar Pietri, *La creación del Nuevo Mundo*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1990, p. 11.
- ² Trino Borges, “Amalivaca, una afirmación necesaria en la Venezuela de los 500 años festivos”, *Actual* (Mérida), núm 23, 1992, p. 90.
- ³ Filippo Salvatore Gilij, *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965. (Col. Fuentes para la historia colonia del Venezuela, 73).
- ⁴ Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, tomo 4, pp. 403-404. La primera edición en francés data de 1799, titulada *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*. La primera versión en castellano es de 1826.
- ⁵ Aristides Rojas, *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Oficina Central de Información, 1984. También refiere el episodio de Amalivaca cuando interpreta “Los jeroglíficos venezolanos”, en sus *Estudios indígenas*, Caracas, 1944.
- ⁶ “Mito tamanaco. Amalivaca”. En: *Literatura indígena de Venezuela*. Caracas, Kapelusz, 1971 (Selección, estudio preliminar y notas de Italo Tedesco).
- ⁷ Este motivo es retomado por José Martí en dos oportunidades. Véase: “Maestros ambulantes”, en *Obras selectas*, tomo I, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, p. 80, y “Nuestra América”, *Obras selectas*, tomo II, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, p. 527.
- ⁸ El libro de cuentos fue publicado originalmente en francés, *Guerre du temps*, París, Gallimard, 1967. Sobre este relato que resignifica el poder del mito para propiciar un encuentro de culturas véase el estudio “Alejo Carpentier: los diálogos y la advertencia”, en mi libro *Los verbos plurales*, Mérida, Ediciones Solar, 1993, pp. 101-123. También “Amalivaca, un mito que nos funda” en *Actual* (Mérida), núm. 30, 1995, pp. 167-180.
- ⁹ Alejo Carpentier, “Un camino de medio siglo”, en su libro *Razón de ser*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1976, p. 42. También pueden leerse al respecto los reportajes que el narrador cubano escribió para su columna “Letra y solfa”, de *El Nacional*, agrupados bajo el título de “Visión de América”, especialmente el titulado “El Salto Ángel en el reino de las aguas” (26.11.1947), incluido en su libro *Letra y solfa*, Caracas, Síntesis Dosmil, 1975, p. 328.
- ¹⁰ Víctor Bravo, *Magias y maravillas en el continente literario*, Caracas, La Casa de Bello, 1988, p. 173.
- ¹¹ Mijail Bajtín, *Estética de la creación verbal*, trad. de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, 1982, p. 352.
- ¹² El mural hecho en mosaico tiene un tamaño de 28mts. de longitud por 2.8mts. de alto.
- ¹³ César Rengifo, en *Seña* (Mérida), núm. 1, 1983.
- ¹⁴ Alberto Rodríguez C., *Sueños imaginarios*, Mérida, Ediciones Mucuglifo, 2001, p. 12.
- ¹⁵ Alf López Bohórquez, *Margarita y Cubagua en el Paraíso de Colón*, Gobernación del Estado Nueva Esparta –Rectorado de la Universidad de Los Andes, 1997, p. 34.
- ¹⁶ Alberto Rodríguez C., “Sujeto y narración en la Carta del tercer Viaje (1498)”, en Alf López Bohórquez, *El descubrimiento y la invención de Tierra Firme*, Cumaná, Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, 1998. pp. 37-45

Referencias bibliográficas

- Bajtín, Mijaíl, *Estética de la creación verbal*, trad. de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, 1982.
- Borges, Trino, “Amalivaca, una afirmación necesaria en la Venezuela de los 500 años festivos”, *Actual* (Mérida), núm 23, 1992, pp. 87-94.
- Bravo, Víctor, *Magias y maravillas en el continente literario*, Caracas, La Casa de Bello, 1988.
- Carpentier, Alejo, *Razón de ser*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1976.
- Carpentier, Alejo, *Guerre du temps*, París, Gallimard, 1967.
- Carpentier, Alejo, *Letra y solfa*, Caracas, Síntesis Dosmil, 1975.
- Gilij, Filippo Salvatore, *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965. (Col. Fuentes para la historia colonial del Venezuela, 73).
- Humboldt, Alejandro de, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo*, Caracas, Monte Ávila, 1985.
- López Bohórquez, Alí, *El descubrimiento y la invención de Tierra Firme*, Cumaná, Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, 1998.
- López Bohórquez, Alí, *Margarita y Cubagua en el Paraíso de Colón*, Gobernación del Estado Nueva Esparta–Rectorado de la Universidad de Los Andes, 1997.
- Martí, José, “Maestros ambulantes”, en *Obras selectas*, tomo I, La Habana Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, pp. 376-380.
- Martí, José, “Nuestra América”, *Obras selectas*, tomo II, La Habana Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, pp. 519-527.
- Rengifo, César, *Seña* (Mérida), núm. 1, 1983.
- Rodríguez C., Alberto, “Sujeto y narración en la Carta del tercer viaje (1498)”, en Alí López Bohórquez, *El descubrimiento y la invención de*

- Tierra Firme*, Cumaná, Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, 1998, pp. 37-45.
- Rodríguez C., Alberto, *Sueños imaginarios*, Mérida, Ediciones Mucuglifo, 2001.
- Rojas, Arístides, *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Oficina Central de Información, 1984.
- Tedesco, Ítalo (Selecc.), “Mito tamanaco. Amalivaca”. En: *Literatura indígena de Venezuela*. Caracas, Kapelusz, 1971.
- Uslar Pietri, Arturo, *La creación del Nuevo Mundo*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1990.
- Zambrano, Gregory, “Alejo Carpentier: los diálogos y la advertencia”, en *Los verbos plurales*, Mérida, Ediciones Solar, 1993, pp. 101-123.
- Zambrano, Gregory, “Amalivaca, un mito que nos funda” en *Actual* (Mérida), núm. 30, 1995, pp. 167-180.